

CAPITULO CCXLI.

Estado de la guerra.—Sitio de Bilbao.—Herida y muerte de Zumalacárregui.—D. Luis Fernández de Córdoba, general en jefe.—Nuevo sitio de Bilbao por Maroto.—El general Lacy-Ewans.—Expediciones carlistas á Cataluña y Aragón.

Decididos los carlistas, en vista del estado en que la funesta expedición á las Amézcuas dejó á los liberales, á emprender una serie de operaciones que les diera un resultado más decisivo, Zumalacárregui, al frente de catorce batallones, marchó sobre Bilbao, mientras que Villarreal se quedaba en observación de los movimientos que verificaba el ejército cristino.

El conde de Mirasol, que mandaba en la población, teniendo á sus órdenes cuatro mil hombres, sin contar los urbanos, y animándole sobre todo el buen espíritu de los habitantes, y cuarenta piezas de artillería de grueso calibre, montadas y colocadas en las baterías, no concluidas del todo, el día 13 de junio contestó perfectamente al fuego que contra la plaza rompió el general carlista.

El día 15 de junio, Zumalacárregui, que comprendía ya las dificultades de aquella empresa, en ocasión que estaba observando los movimientos del enemigo desde el balcón de una casa inmediata al santuario de Begonia, fué herido en una pierna por una bala de fusil, falleciendo el día 24, á consecuencia del mal cuidado que tuvo, en el pueblo de Cegama.

D. Francisco Benito de Erasó se hizo cargo del mando de los sitiadores, y aún cuando las operaciones se prolongaron hasta el día 1.º de julio, la oportuna llegada de Latre y Espartero, que acudieron en socorro de la plaza, obligaron á los carlistas á levantar el sitio.

D. Luis Fernández de Córdoba, nombrado por el Gobierno para tomar interinamente el mando superior del ejército, comenzó sus operaciones, arrollando seis batallones carlistas que le esperaban á una legua de Bilbao, y rechazando las acometidas que Cástor daba á su retaguardia.

El 16 de julio atacó al general Moreno, que había tomado posiciones en las alturas que dominan á Mendigorria, causándole una derrota considerable.

Maroto, á quien D. Carlos había nombrado comandante general de las fuerzas de Vizcaya, puso nuevo sitio á Bilbao; pero Córdoba envió á Espartero, para que con Ezpeleta le diesen socorro, dirigiéndose con el mismo objeto la división inglesa que, en virtud de lo estipulado anteriormente, había llegado, bajo las órdenes del general Lacy-Ewans.

Maroto se retiró sobre Villaro, y aún cuando obtuvo algún triunfo sobre Espartero, la enemistad que había surgido entre él y Moreno, dió lugar á que no se verificasen algunas combinaciones que tenían proyectadas, quedando nombrado finalmente el teniente general conde de Casa-Eguía para reemplazar á Moreno.

El día 27 de octubre, el nuevo general media sus armas con las de Córdoba en las márgenes de Zadorra, atribuyéndose ambas fuerzas la victoria; el 15 de noviembre recobró á Estella, de la cual se había apoderado Córdoba, y con el sitio puesto á la plaza de Guetaria, en 17 de diciembre, pudo darse por terminada la campaña de 1835.

Progresando las facciones en las provincias, lógico era que su influencia se extendiese á otros puntos, y la expedición enviada á Cataluña, bajo el mando del brigadier Guergué, acompañándole el coronel Rojo, Santocildes, los comandantes Corden y D. Juan O'Donnell, y otros distinguidos oficiales, salió en 8 de agosto de Estella, y entró en Aragón, hasta que finalmente, una vez en Cataluña, reunió la nueva expedición las partidas de Borges y Orteu, y aprovechándose de un error del general Pastors, pudieron los navarros llegar hasta las márgenes del Segre entre Orgañá y la Seo de Urgel.

Más de veinte mil carlistas había en armas ya en Cataluña al dejar el mando Llauder, según dejamos expuesto; pero perseguidos activamente y desorganizados, únicamente adquirieron algo de organización cuando Guergué, desde Torá, en 22 de octubre, formó en cuatro divisiones los veintidos mil trescientos infantes y trescientos caballos de que constaba el ejército carlista del Principado.

Sin embargo, pronto las disensiones y la insubordinación reinaron entre los jefes y soldados de aquellos cuerpos, y los navarros regresaron á Aragón, consiguiendo penetrar en Elizondo á primeros de diciembre.

Mina había vuelto á la Capitanía general de Cataluña en el mes de octubre, é inmediatamente salió á campaña, dejando confiado el mando al segundo cabo D. Antonio María Alvarez.

En el Maestrazgo, en Aragón, en Valencia y en Murcia, la guerra civil mostrábase con todos los horrores que la caracterizan, y á pesar del tratado de Elliot, rara vez se daba cuartel por una ú otra parte.

Cabrera, Forcadell y Torner derrotaron en 23 de junio la columna de D. Antonio Aspiroz; el 18 de agosto, Cabrera penetró en Segorbe, y con pocas excepciones, toda la parte beneficiosa de aquella campaña lleváronse la los carlistas.

Sin embargo, en el mes de diciembre, en la acción de Molina y en las de Ademuz y Prat de Conte, el triunfo estaba de parte de los cristinos, aún cuando no por esto se desalentaron sus adversarios.

En Castilla la Nueva, en la Mancha y en Galicia, presentáronse también más numerosas las partidas, y en ellas también la guerra fué tomando proporciones verdaderamente alarmantes.

En enero del nuevo año de 1836, tuvo lugar en Barcelona un

sangriento episodio, que un historiador moderno describe en los siguientes términos:

«A todo esto, con el creciente ardor de los exaltados, aumentaba en todo el ámbito de España el encono de las pasiones políticas, y las enemistades, los odios y los malos instintos populares hallaban dilatado campo en la febril agitación que en todas las poblaciones reinaba. Barcelona, entre todas, por los trabajos de las sociedades secretas y por los muchos elementos de perturbación que encerraba, era de las que más participaban del general movimiento, y lo acreditó al principiar este año con nuevos y horribles sucesos. El coronel carlista D. Juan O'Donnell había sido encerrado en la Ciudadela, siendo inútiles cuantas reclamaciones se hicieran por los suyos, de quienes era muy querido, para que asintiera Mina al tratado de lord Elliot, y consintiera en su canje con otros prisioneros que se encontraban en el campo carlista. Con él se hallaban presos en el mismo fuerte, y en otros de la ciudad, otros militares del partido realista, y distintas personas que lo habían sido por creerlas afectas á la misma bandera, entre ellas cuatro italianos que se suponían enviados por el Rey de Cerdeña, para promover en Barcelona un levantamiento en favor de D. Carlos, en tanto que en Génova se disponía una expedición miguelista contra Portugal. Estos rumores, hábilmente explotados por los corifeos del desorden, y las noticias que se recibían del teatro de la guerra, hacían que el populacho, abrigando vivo encono contra los prisioneros, hablase incesantemente de sangre y de venganza hasta poner en alarma al general Pastors, gobernador de la Ciudadela, quien, deseoso de prevenir una catástrofe, manifestó repetidas veces al segundo cabo Alvarez, lo necesario y urgente de trasladar los presos, y especialmente O'Donnell, á un punto de mayor seguridad. Nada quiso proveer Alvarez sobre la demanda, y en esto, llegado á Barcelona un parte de Mina expedido en San Lorenzo de Morunys, diciendo tener entendido que los carlistas, sitiados en el santuario de Santa María del Hort, habían fusilado á treinta y tres prisioneros, lo cual, como era natural, causó gran irritación, creyeron los revolucionarios ser la hora por ellos esperada. Dijose que de la prision de Canaletas, donde estaban detenidos, se habían fugado un teniente coronel y un sargento á las filas enemigas, y no se necesitó más para que amotinado el populacho en furiosos grupos, se aglomerase en el glacis de la Ciudadela victoreando á Isabel II y á la libertad (4 de enero). Escasa y no decidida contra los sublevados era la guarnición de tropa y nacionales que había en el fuerte; su gobernador, vacilante, sin órdenes del General á pesar de haberlas reclamado varias veces, no se atrevió á dar la voz de fuego, y por todo ello, la muchedumbre, invadidos los fosos, pudo escalar el muro al anochecer, al tiempo que ardía el puente levadizo. Con horribles voces de muerte precipitábase los asesinos por la muralla, rompen á balazos las puertas de los calabozos, y á la siniestra luz de las antorchas, hieren y matan sin compasión á cuantos presos encerraban. Entre tanto, á pocos pasos del sitio de estos horrores, en la plaza de Palacio, se hallaban formados numerosos batallones y escuadrones de tropa y de milicia, contemplando impasibles lo que sucedía, y el general Alvarez, rodeado en su palacio de las autoridades militares y civiles, de los jefes de la guarnición y de la guardia nacional, pasaba el tiempo en estériles discusiones, y consentía que los comandantes de nacionales, al preguntarles si se hallaban ó no dispuestos á impedir la continuación de tales desórdenes, le contestasen: «Que impedirían los excesos, pero no el fusilamiento de los prisioneros facciosos, pues esta era la voluntad general.» Ninguna providencia enérgica emanó de aquella autoridad, presa de vergonzosos temores por su persona, y así fué, que algunas fuerzas de nacionales pudieron llegar hasta la Ciudadela entrada ya la noche, en comisión de los demas, «para enterarse de si habían sido ó no muertos los malvados como merecían y ellos deseaban.» Terminado ya todo en la Ciudadela, salió la turba, y en horrible cortejo, escoltado por agentes de la autoridad, pasó las calles arrastrando el desfigurado cadáver de O'Donnell á la luz de los hachones, mientras otros grupos, ébrios de furor, se encaminaban á ejecutar la misma obra de muerte á las prisiones de Atarazanas y de Canaletas, y luego á arrancar de sus lechos á los heridos y enfermos que se encontraban en el hospital. Más de ciento cuarenta personas fueron así asesinadas, sin que nadie se opusiera en toda aquella espantosa noche á la furia de la plebe, que recorría la ciudad entre el estupor de los aterrados vecinos y la criminal apatía y casi complicidad de las autoridades. También en Tarragona hubo motin y numerosas víctimas. Las villas de Reus y Valls quisieron hacer otro tanto, mas por fortuna la actitud de aquellos ayuntamientos pudo evitar la catástrofe.»

Entretanto las nuevas Cortes, cuya mayoría, como puede suponerse, pertenecía al partido exaltado, inauguraron sus tareas el 24 de octubre, en circunstancias, como hemos podido apreciar, verdaderamente poco satisfactorias.

El tratado de la cuádruple alianza cumplíase con tibieza por parte de Francia, Portugal reclamaba su legión para sostener en su territorio el orden constitucional, y únicamente Inglaterra era la que seguía apoyando al Gobierno de Madrid.



D. JUAN ÁLVAREZ MENDIZÁBAL

Riera, editor, Barcelona, Robador, 24 y 26.

CAPITULO CCXLII.

Estado de la guerra.—Villarreal, jefe del ejército carlista.—Oráa, nombrado con el mismo carácter, del ejército liberal.—Cataluña y el Maestrazgo.—Fusilamiento de la madre de Cabrera, y sus consecuencias.

La guerra civil aumentaba sus estragos en vez de ir decayendo; el estado de la Hacienda no podía ser más deplorable, y las fuentes de la pública riqueza, destruidas por efecto de la misma guerra que venía sosteniéndose, completaban el imponente cuadro de desdichas que debía, cuanto ántes, procurar el Gobierno remediar en lo que fuere posible.

La confirmación de la autoridad de D.^a María Cristina, como gobernadora del reino durante la menoría de su hija, fué el primer acto de las Cortes, siguiéndole el nombramiento de una comisión de nueve diputados, para que sin levantar mano propusiera los medios de terminar la guerra.

El día 1.^o de noviembre, al presentarse el Ministerio en el Congreso para dar cuenta de las operaciones militares, hubo de sufrir violentos ataques, particularmente el general Rodil, por su incapacidad para el ministerio que desempeñaba.

En vano fue que se le separara de aquel puesto; las oposiciones, la prensa, y hasta sus mismos amigos le combatían, y en tan deplorable estado terminó aquel año, que no de un modo más halagüeño había empezado.

Entre tanto fijémonos, aunque á grandes rasgos, en lo que había ocurrido en el teatro de la guerra.

El general Córdoba, con el propósito de distraer la atención del enemigo, mandado por el conde de Casa-Eguía, como ya manifestamos en otro lugar, en 16 de enero dispuso á atacar los puertos de Arlaban, empresa que quedó frustrada finalmente, con tanto disgusto de la nación, como pérdidas inútiles por una y otra parte.

Insistió en su relevo, y mientras desde Pamplona procuraba comunicar impulso á las obras emprendidas para el establecimiento de aquellas famosas líneas que debían haber hecho sucumbir al ejército carlista por falta de recursos, idea completamente descabellada, puesto que se carecía del ejército necesario para ello, Eguía se apoderó de Valmaseda, de Mercadillo y de Plencia, situándose en Miraváles, observando á Espartero, que á la sazón practicaba un reconocimiento sobre Orduña.

En 19 de marzo, Espartero y Rivero tuvieron un encuentro con los carlistas en Unzá, encuentro que si bien fué glorioso, en cambio de escasísimo fruto.

El 12 de abril, Eguía se apoderaba de Lequeitio, quedando prisioneros mil hombres, y ganando diez y nueve piezas de artillería y gran número de municiones, y áun cuando el 10 de abril y el 23 del mismo mes hubo nuevos combates, la verdad era que al terminar la campaña de invierno la situación del ejército liberal era bastante comprometida.

A principios de mayo, Lacy-Ewans, auxiliado por el certero fuego de los buques ingleses, obligó á los carlistas á levantar el sitio de San Sebastian, y poco despues el general carlista, habiendo dimitido su cargo, fué sustituido por D. Bruno Villarreal, del mismo modo que Córdoba dejaba el suyo interinamente á Espartero, mientras iba á Madrid á dar algunas explicaciones respecto al estado en que se hallaba la guerra.

Cuando regresó á Vitoria con noticia de las expediciones proyectadas para algunas provincias de España, en la corte de don Carlos, dispuso lo que creyó conveniente para evitarlas, sosteniéndose durante los meses de junio y julio distintos combates, que no fueron bastantes á impedir que el brigadier carlista D. Basilio Antonio García pasase el Ebro por Argoncillo, al frente de dos batallones y cien caballos, internándose por la Rioja.

Al tenerse en el ejército noticia de lo ocurrido en la Granja, Córdoba creyó terminada su tarea y marchó á Francia, confiándose entonces el mando del ejército, áun cuando con el carácter de interino, en 19 de agosto, al general Oráa, el cual en 14 de setiembre en las inmediaciones de Arroniz, alcanzó una señalada victoria sobre sus enemigos, apoderándose de las alturas de Montejurra, y el 24 del mismo mes hizo entrega del mando á D. Baldobero Espartero, nombrado general en jefe del ejército del Norte.

En Cataluña, áun cuando hecha la guerra por partidas sin una organización formal, sosteniéndose encarnizada, vengáronse los asesinatos cometidos en Barcelona con la muerte de cuarenta y ocho nacionales, prisioneros en Alpens, y únicamente las disposiciones de Mina distribuyendo el ejército en brigadas, operando en un círculo determinado, y auxiliándose recíprocamente, hicieron presumir que quizás se conseguiría el exterminarlas.

Maroto, que había llegado al Principado en el mes de agosto, pasó la frontera el 5 de octubre, dejando como comandante general á D. Blas María Royo, quien se decidió á sostener como pudo el vacilante espíritu de los suyos.

En el Maestrazgo y en el Bajo Aragón continuaba la lucha también, y los pueblos sufrían horribles vejaciones, tanto por parte de los carlistas como de los liberales.

La campaña de que vamos hablando no comenzó este año con muy buenos auspicios para los carlistas de Valencia y Aragón.

Los liberales, que habían conseguido dispersarlos, los atacaban en detall, y en vano Cabrera y Forcadell procuraban sostenerse.

En enero, Quílez era derrotado en Monroyo; el Serrador, en Chert, y Torner en Pauls.

Villapadierna dispersaba en Jana la división que mandaba Llagostera; pero en cambio Cabrera, reuniendo todas las partidas, y formando con ellas un total de mil infantes y algunos caballos, sorprendió á una columna enemiga en las inmediaciones de Tortosa, y haciendo lo mismo con otra en Torrecilla, obligaba á los dispersos á buscar un refugio en Calanda y en otros puntos.

«Esta última operación, dice un erudito historiador, no tuvo todo el éxito que se proponía el caudillo carlista, por haber el alcalde de Valdealgofa sorprendido y enviado á Alcañiz una comunicación de Cabrera al jefe de Administración, cuya cooperación reclamaba.

«Súpole aquél, y no se necesitó más para que el infeliz alcalde fuese fusilado, según los bandos publicados, cabiendo igual triste suerte al de Torrecilla por haber obedecido las órdenes no menos terminantes de los jefes liberales.

«Estas cruentas ejecuciones sumieron en consternación al país, y para aumentarla más aún, publicó Cabrera un nuevo bando, cuyo terrorismo obligó á la mayor parte de los alcaldes y ayuntamientos á abandonar los pueblos abiertos, para refugiarse en los puntos guarnecidos.

«Coincidieron con todo ello los rumores de una conspiración en Tortosa para entregar el fuerte al enemigo, y el brigadier Nogueras, al regresar á Aragón desde dicha ciudad, á donde se trasladara á consecuencia de aquellas voces, escribió al Capitan general de Cataluña y al gobernador de Tortosa, dándoles parte de los fusilamientos de los alcaldes y de otros castigos impuestos por Torner á los paisanos que llevaban partes. «En su consecuencia, ruego á V. S., decía el brigadier, por el bien que ha de resultar al servicio de la Reina nuestra Señora, mande fusilar á la madre del rebelde Cabrera (1) dándole publicidad en todo el distrito, prendiendo, además, á sus hermanos ó hermanas para que sufran igual suerte, si él sigue asesinando inocentes... Lo que comunico á V. S. para que lo haga saber por vereda á todos los pueblos del Corregimiento, debiendo V. S. mandar fusilar á las mujeres, padres ó madres de los cabecillas de Aragón que cometan iguales atentados que el feroz Cabrera.— 8 de febrero.»

«Con fecha de 13 del mismo, previno Mina al gobernador de Tortosa lo conveniente «para que llenara y cumpliera tan justos deseos,» y en su virtud fueron reducidas á prisión las tres hermanas de Cabrera, residentes en Tortosa, como igualmente cuantos parientes de los demas cabecillas pudieron ser habidos, y la madre de aquel jefe, la infeliz María Griño, generalmente apreciada por sus piadosas costumbres y virtud ejemplar, salió de la cárcel en que estaba desde 1834, para marchar al patíbulo en 16 de febrero, sin ser acusada de delito alguno, y sin otro motivo que la conducta de su hijo.

«Resignada sufrió la muerte, á pesar de no haberle permitido que hiciera testamento, que abrazara á sus hijas y que llevara cubierta la cabeza con una mantilla para ir al lugar del fusilamiento; hasta se le negó el sacramento de la Eucaristía.

«Este monstruoso crimen cometido á la luz del día, en medio de una población considerable, por autoridades constituidas, en nombre de la libertad, llenó de horror á toda Europa; para honra de la humanidad y de España no faltó una voz en el parlamento español, la de Isturiz, que protestara contra él, apostrofando rudamente á los ministros, quienes, empero, justo es decirlo, ignoraron el suceso, tal era su gobierno, hasta despues de acaecido.

«Mina, en tanto, se esforzaba en probar al Gobierno que solicitaba antecedentes, que la ejecución había sido consecuencia de un fallo legal por la conspiración de Tortosa; pero es positivo que de la parte de la conjura que supone en María Griño, y del juicio, no existen otras pruebas que sus comunicaciones.

«No se hizo esperar la venganza.

«Aquel á quien, según expresiones de su biógrafo, horrorizaba la sangre fuera del campo de batalla, pareció convertirse por algun tiempo en fiera sedienta de sangre.

«Nogueras y todos los individuos del ejército de la Reina fueron declarados traidores, mandándose fusilar á cuantos fuesen aprehendidos; D.^a María Roqui, esposa del coronel Fontiveros, comandante de armas que fué de Chelva, y otras tres señoras emparentadas con liberales, reducidas á prisión por Cabrera con la esperanza de obtener el cange de María Griño, una de las cuales llegó á ser su prometida esposa, fueron fusiladas «para expiar el infame castigo que ha sufrido la más digna y mejor de las madres.»

«Se anunció que cada víctima carlista sería vengada irremisiblemente con veinte de las familias de los ejecutores, y esto, al mismo tiempo que Nogueras, al anunciar en su distrito el fusilamiento de la madre de Cabrera, decía haber sido ésta la única causa de su muerte, «y lo será, añadía, de la de sus hermanas si sigue en sus atrocidades, como igualmente de la de todas las mujeres, padres y madres de los cabecillas que por su desgracia están á sus órdenes, y que tengo presos, y seguiré prendiendo, para mandar fusilar cinco por cada uno que él asesine.»

(1) De este suceso, áun cuando sin dar detalle alguno, nos ocupamos en uno de los capítulos anteriores.



J. SERRA, LIT.

LE VIDAL, ST. PABLO, 73

EL JEFE CARLISTA GOMEZ.